

LA HOJITA

* * * P U B L I C A C I O N S E M A N A L * * *

Dirección y Tipografía privada: Congregación Luises—Gandía

EL GRAN PROBLEMA

No coge uno un periódico liberal sin que tropiece con estas palabras: *hay que resolver el problema religioso.*

Para ellos la solución del problema es ésta: hay que hundir en el polvo á toda la gente de sotana.

La razón en que se fundan para hundir y acabar de una vez con la gente de sotana es esta: que el *clero* tiene la culpa de todos los desastres y de todas las desgracias que nos afligen.

Y tanto nos atruenan los oídos con esa canción, que un amigo mío, picado de la curiosidad, llegó á preguntarme:

—Sagasta, Moret, Canalejas, Romanones, y todos los que han sido ministros, y han regido, por lo mismo, los destinos de España ¿son, ó han sido Obispos?

—No, señor.

—¿Han sido canónigos?

—Tampoco.

—¿Y curas ó frailes?

—Nada de eso.

—¿De modo que no son, ni han sido del clero?

—Que no, señor.

—Fíjese usted bien; porque yo creo que anda usted equivocado.

—Te digo que ni son, ni han sido del clero ni á cien leguas de distancia.

—Pues entonces, los periódicos liberales y todos esos que andan por ahí predicando en los mítins dicen-

do que la culpa de todos y de cada uno de los males que padecemos la tiene el clero son unos grandísimos embusteros.

—¿Cómo se entiende eso? le pregunté.

—Pues muy fácilmente. Porque si en España no gobiernan ni los Obispos, ni los curas, ni los frailes, sino que las riendas del poder han estado y están en manos muy distintas, la culpa no será ni de los Obispos, ni de los curas, ni de los frailes.

—Bien, ¿y qué?

—¡Pues una friolera! Que esos periódicos, y todos esos que andan por ahí zarañeando lo del bloque, son unos farsantes.

—¿Cómo se prueba eso?

—Oiga usted, y concluyo. Esos periódicos, y esos predicaderos del bloque saben, y si lo ignoran son tontos de remate, saben digo, que los males que padecemos son efecto de la pésima administración; saben también que la administración y régimen de los destinos de España han estado siempre en manos de laicos, liberales, y más ó menos enemigos de la Iglesia, y por consiguiente á éstos, y no al clero, hay que echar la culpa de todos nuestros desastres.

—Es verdad.

—Pues entonces ¿quedamos en eso?

—¿En qué?

—En que esos periódicos son unos embusteros.

—Por mí... en eso quedamos.

F.

¡UNA MONJA!

Ayer, en Madrid, falleció Sor Dominica, una virtuosa Hermana de la Caridad, que se contagió asistiendo á los tíficos.

Su muerte en el hospital ha sido muy sentida, porque era bondadosísima con los enfermos.

Es la tercera Hermana de la Caridad que sucumbe mártir de su piedad para con los enfermos.

Los diarios del *trust* y todos los anticlericales, que tanto han alabado, como merece, al estudiante Cardenal que contrajo el tifus, no han tenido elogios para las Hermanas, que no lo merecen ménos que el alumno de medicina, antes más, porque éste buscaba la continuación de su carrera, el aseguramiento de su porvenir; las Hermanas no buscaban más que hacer el bien gratis y á costa de su vida de ellas.

Es la *imparcialidad* y justicia que usan los anticlericales.

Han muerto heroicamente tres Hermanas de la Caridad, precisamente mientras en el Congreso preguntaban tres diputados: «¿para qué sirven los religiosos?»

Se equivocaron: debieron preguntar: ¿para qué sirven algunos diputados, si no es para hablar de todo sin saber de nada?

H. S.



EL MENTIR DE LAS ESTRELLAS

¿Qué han echado en cara á la Iglesia constantemente sus enemigos? La intolerancia, como ellos dicen, el que sostenga que sólo en el catolicismo está la verdad y la salvación.

Pues ahora ellos se arrojan la representación y monopolio de la *moralidad*.

Organizaron ayer una manifestación en la que formaron todos los *morales* de Madrid. Taberneros, camareros, parroquianos de las tabernas cerradas, etc., etc.

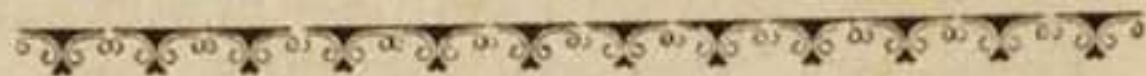
Y aquí viene el mentir de las estrellas. Es decir, el *desagerar* de los periódicos. *El País* y *España Nueva* vieron desfilar nada más que ¡150.000 hombres!; el *Heraldo* contó 100.000 ni uno más ni uno ménos; *La Correspondencia* quitó *jierro* y redujo la cifra á 45.000; *El Diario Universal* no llegó más que á 30.000; *El Mundo* los deja en 20.000; y *A B C* no da más que 12.000.

De 12.000 á 150.000 no van de diferencia más que ¡138.000!!!!

De modo que no hay manera de salvar la buena fe de los diarios radicales, y es preciso confesar que han mentido por toda la barba, como de costumbre.

¡Lástima que el pueblo se deje engañar!

H. S.



EL BATELERO

I

La cabellera
mustia del sauce
mecen las brisas
como un crespón:
A la ribera
del mar en calma
llegan las olas
con su rumor.

II

Cobija el sauce
la pobre tumba
de un batelero
que naufragó.
Cuando del cauce
salen las olas,
la tumba besan
con gran dolor.

III

Cuando yo muera,
mísero nauta
que el mar del mundo

surcando voy;
no quiero llanto
de mustio sauce:
no quiero besos
de mares, no.
De la Cruz quiero
la sombra y besos
donde muriera
mi Redentor.

R. M.



¿A JUGAR?

¿Tienes el vicio de jugar? Pues échame al cesto, no me leas, porque será inútil lo que te voy á decir, y no has de sacar fruto ninguno de esta lectura. ¡Ay del que se aficiona al juego y al vino! ¡jugará! ¡beberá! y aunque le haga daño el vino y el juego le arruine, volverá á beber y á jugar.

En cambio, si no eres aún jugador, ó si todavía empiezas á serlo, léeme.

Jamás te aficiones al juego, porque—¡fíjate bien!—*el juego es el arte de perder todo ménos la esperanza de ganar.*

Se pierde también lo que se gana: porque el cebo de la ganancia lleva otra vez á jugar hasta que se pierde lo que se había ganado. Raro, rarísimo será el que si gana se retira del juego. Raro el que con el juego haya enriquecido.

Se pierde la paz. Porque el juego es una de las pasiones que más alteran al que juega. Acercaos á una mesa de jugadores, observad las posturas violentas, las facciones desencajadas, las palabras bruscas, los afectos agitados, la ira, el deseo impaciente, la rabia inquieta, la ansiedad febril mezclada de temor y zozobra...

Se pierde la vida de familia. El juego, la baraja, la ruleta os retiene sin sentir horas y horas... Vuestra esposa, vuestra madre llora sola en casa; vuestra hija, vuestra hermana, acompaña la soledad de su madre,

tristes y pensativas, mientras vosotros prolongáis las tardes y las noches en el casino, para volver después alicaído y sin decir una palabra, desganado, sombrío y tal vez arruinado... á la familia donde debierais haber estado desde la tarde; y con la que debierais haber gastado lo que habéis perdido!...

Se pierde la conciencia. El que juega, ciégase para no ver sus deberes, y en pos de sus falaces esperanzas de ganar, y sobre todo de recobrar lo perdido, juega lo que tiene, juega lo que va á tener, juega lo que es suyo, juega lo que es ajeno, juega lo que tiene de otros, juega lo de su mujer y lo de sus hijos, y lo de su amo, lo de sus amigos, lo de su caja, lo de su administración y lo de su regimiento... Los más de los desfalcos, de los fraudes, de las sustracciones tienen su móvil primero en el juego.

Se pierde el crédito. ¿Quién se fiará de un jugador? ¿quién le dará su administración, su caja, su dinero? El jugador es un saco roto. Nadie echará en él una peseta si quiere conservarla.

Se pierde todo. Ay! el juego es una cadena infame que comienza por diversión, y, por una serie de eslabones ignominiosos, acaba en un tribunal, en una cárcel, en una desesperación, en un suicidio...

Si queréis jugar, jugad para divertirlos, no para ganar, jugad á juegos de industria, no á juegos de azar; á juegos claros, no á juegos ocultos; pocas horas, ni aun horas, jamás tardes y noches...; poco, muy poco, poquísimo, nunca grandes sumas; lo vuestro, jamás lo ajeno.

Padres, si vuestros hijos juegan, no les paguéis lo que juegan, dejadlos á las consecuencias del juego, al deshonor de no pagar, al peligro de ser encarcelados. Más vale que pasen sus apuros una vez cuando jóvenes, que no que después cuando varones los pasen ellos y los hagan pasar á los demás...

Señoritas, por nada del mundo os caséis con un jugador, y aunque se muestre honrado mientras os hace el amor, desconfiad de él, porque cuando os coja os jugará lo vuestro y si á mano viene á vosotras mismas.

R., S. J.

UN MONAGUILLO

IMPROVISADO

Era el año 1888 cuando se celebraba en Roma el jubileo sacerdotal de León XIII. Junto á un altar de la Basílica de San Pedro hallábanse casualmente dos sacerdotes: uno canónigo de la Basílica y obispo de una diócesis de Italia el otro, quien había ido aquellos días á Roma para asistir á las fiestas jubilaires.

El canónigo romano estaba vestido con los ornamentos sacerdotales, esperando á alguien para empezar el santo sacrificio de la Misa. Se le veía inquieto, mirando por todas partes por ver si divisaba al monaguillo que había de ayudarla. Mas éste no llegaba. El obispo, que estaba en oración allí muy cerca, notó el apuro en que se hallaba el canónigo, y levántandose se acerca á él con gran discreción y le dice con suma sencillez:

—¿Queréis, monseñor, que os ayude yo?

El canónigo, muy turbado, le contestó:

—Jamás lo permitiré, ilustrísimo señor. Este puesto tan humilde no es para vos.

—Sin embargo, os ayudaré; creo que he de acertar.

—No dudo de que sabréis ayudarme, ilustrísimo señor; en cambio yo sentiría grandísima confusión. No, no lo puedo consentir.

—Animo, amigo mío, y empezad ahora mismo la Misa.

Y diciendo esto, el obispo se puso de rodillas al pie del altar y el canónigo no tuvo otro remedio que

empezar la Misa. No hay por qué decir que el celebrante, asistido del nuevo ministro, sintió en toda ella una emoción profundísima, al ver la sencillez y humildad no ménos profunda de su acólito.

El oficiante era monseñor Radini Tedeschi, canónigo de San Pedro, y el improvisado monaguillo, que tenía veinte años más era el obispo de Mantua, hoy Pío X.

MENSAJERO DEL N. J.

CASO INGENIOSO

Y VERDADERO

Alojaron un sargento
En casa de un boticario:
Este quiso resistirlo,
Pero no pudo excusarlo.
Apeló contra la fuerza
A la industria, y á un muchacho
Hizo con grande secreto
Trajese disimulado
Una víbora: el sargento
Preguntó muy asustado,
Viendo el reptil venenoso,
La novedad de aquel caso.
Y el boticario le dijo;
«Las víboras se escaparon
Del cajón donde las tengo
Y las andamos buscando;
Esta ha aparecido ahora,
Y en este conflicto estamos.»
El sargento, temeroso
De un riesgo tan declarado,
Con una prisa indecible
Recogió todos sus trastos,
Y haciendo una cortesía
Dejó en paz al boticario.

(SALAS, D. FRANCISCO.)

EL PAIS ha sido **condenado** por los Emmos. Cardenales Arzobispos de Toledo y Santiago, por el Excmo. Sr. Arzobispo de Granada y por los Exemos. Sres. Obispos de Tortosa, Málaga, Lérida, Pamplona, Salamanca, Guadix, Tuy, Lugo, Orense, Oviedo, y Palencia.

Gandía 24 de Abril de 1909.

Con licencia de la Autoridad Eclesiástica